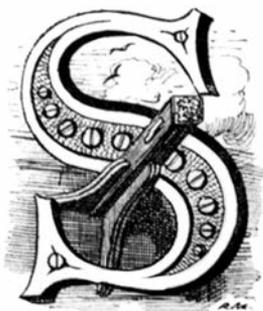


EL SAHEL. ACTUAL CONFLICTO SUBSAHARIANO

Manuel TRIGO CHACÓN
Profesor doctor de Relaciones Internacionales (RR)

Planteamiento del problema



E conoce con el nombre del Sahel el extenso territorio de la parte sur del desierto del Sáhara que se extiende desde la costa atlántica, a lo largo de más de 5.500 km, hasta el mar Rojo en el Este y con una extensión de norte a sur de 1.000 km, donde habita una población de unos 85 millones de personas. Hoy día comprende gran parte de los territorios de Senegal, el sur de Mauritania, Mali, el sur de Argelia, Níger, Chad y Sudán del Sur hasta Somalia. Puede afirmarse que todos ellos son Estados fallidos nacidos como consecuencia de una descolonización acelerada, que rompieron sus vínculos con

las potencias coloniales y que en la actualidad suponen un serio problema para la mayoría de los países de Europa, y muy especialmente para España, Francia e Italia.

En la exposición de este ensayo sobre el territorio del Sahel nos referiremos también a cómo las rutas marítimas internacionales, así como el paso inocente de buques mercantes por las zonas del golfo de Guinea, se están viendo afectadas de forma cada vez más continuada por el secuestro y saqueo de barcos, que son obligados a pagar un importante rescate a señores de la guerra en Nigeria, Costa de Marfil, Alto Volta y otros espacios litorales de las costas africanas.

El reparto de África

Las razones del interés de las potencias europeas en el reparto de África se puso de manifiesto en la famosa Conferencia de Berlín de 1885. Comenzó así la carrera por adueñarse de África, imponiendo tratados y convenios a los gobernantes africanos y suprimiendo, si llegaba el caso, a los opositores. Fran-

hacer frente a la situación de conflicto. España, al tener las islas Canarias tan próximas al Sahel, las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla, que son asediadas continuamente por inmigrantes subsaharianos, así como una parte del litoral mediterráneo, no puede contemplar solamente una política individual de contención de la inmigración ilegal, sino que tiene que plantearse la colaboración con otros Estados europeos y africanos, en especial con Marruecos, Argelia y Mauritania.

Los antecedentes del caos en África

El tema colonial fue abordado por las tres grandes potencias del momento, Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña, en los años finales de la Segunda Guerra Mundial, en las conversaciones que tuvieron lugar en Teherán, donde Roosevelt decía refiriéndose a Gran Bretaña: «...es una potencia imperialista portadora de estigma colonial y Rusia no lo es». A ello añadía el secretario de Estado Cordell Hull: «Tenemos ideas precisas en lo que atañe al destino del Imperio Británico, portador de arcaicos criterios medievales respecto al Imperio». Surgía así entre los Estados Unidos y la Unión Soviética una común tendencia anticolonialista de sus dirigentes, que iba encaminada fundamentalmente contra el mantenimiento de dominios coloniales, como el inglés, el francés o el portugués. En la Conferencia de San Francisco de 1945, el proceso de descolonización no estaba en absoluto maduro, y las potencias coloniales dejaron bien sentado que la emancipación de sus dominios estaba todavía lejana, que era prematuro concederles ese estatus, y en esta línea se manifestaron claramente los delegados de Francia, Bélgica y Holanda. Pero quien de forma más explícita se expresó fue el delegado inglés, Lord Cranborne, al decir: «El Reino Unido pone en guardia al Comité de Descolonización para no confundir la independencia con la libertad: los pueblos en estado de dependencia aspiran a una mayor autonomía, pero su independencia, si deben acceder a ella, debe ser fruto de una evolución natural». Se mostraban así dos tendencias, la colonialista y la anticolonialista.

Fue ganando terreno en Naciones Unidas la tendencia anticolonialista, especialmente debido a las actividades cada vez más coordinadas y eficaces contra el colonialismo llevadas a cabo por los grupos independentistas de países afroasiáticos. La conferencia que tuvo lugar en Bandung, en abril de 1955, impulsó ese proceso descolonizador con el apoyo de países de lo que empezó a llamarse el Tercer Mundo. En esta importante conferencia de Bandung, con conclusiones relevantes, se encontraron líderes políticos de formación tan dispar como Nehru, Nasser, Zhou Enlai, que era ministro de Mao, el príncipe árabe emir Faysal, e incluso, aunque en calidad de observador, el arzobispo Makarios. Tan diferentes mentalidades dieron un impulso definitivo a la independencia de nuevos países y al ingreso de estos en Naciones Unidas. Se llegaría así a la

importante XV Asamblea General Ordinaria de Naciones Unidas de 1960, en la que iban a ser admitidos gran número de Estados africanos, cuya independencia había sido proclamada en ese año crucial de 1960, que se conocería como el *Año de África*.

La Organización de Naciones Unidas, cada vez más obsoleta e impotente, se ha mostrado incapaz de una mínima ayuda eficaz y suficiente para estos países cuya emancipación impulsaron a partir de 1960, con gran ímpetu, cuando la realidad era que la estructura social de tribus existente no alcanzaba a conformar una sociedad mínimamente homogénea y organizada para ser gobernada.

En el momento actual, la situación en el continente africano, con excepción de algunos Estados como Sudáfrica o Marruecos, es altamente preocupante para toda la Comunidad Internacional, y especialmente para los países europeos mediterráneos, en particular Italia, Francia y España. Las razones de esta situación de conflicto se deben fundamentalmente al terrorismo, como principal factor de desestabilización de los países del África Subsahariana. Consecuencia de esa aparentemente inesperada «Primavera Árabe», de la que trataremos más adelante, ha sido la desestabilización de los principales Estados del Magreb, incluida Argelia, que sufrió una cruenta guerra civil con anterioridad a la revolución de sus vecinos Túnez y Libia. El sur de Argelia ha tenido que soportar recientemente actos revolucionarios y de terrorismo en su inmenso territorio. Especial significado tuvieron los ataques llevados a cabo hace escasamente dos años, en In Amenas, centro logístico de sus importantes reservas de gas y petróleo.

El problema tribal se ha mantenido con fuerza en la etapa posterior a la colonización, porque si antes las fuerzas armadas colonizadoras controlaban con mayor o menor eficacia a las diferentes etnias, es a partir de la independencia cuando surgen los enfrentamientos tribales, como el de los igbos en Nigeria y otros sin resolver durante muchos años. El problema que se presenta en Mali, como epicentro del caos en el Sahel occidental, guarda una estrecha relación con la insumisión de los tuareg del norte frente a las autoridades de Bamako. Los enfrentamientos en Kidal en 2013 entre tribus tuaregs pertenecientes al Movimiento Nacional para la Liberación del Azawad y el Ejército de Mali han sido constantes. La importancia de los enfrentamientos tribales, estrechamente relacionados con el terrorismo auspiciado por Al Qaeda del Magreb Islámico, nos obliga a hacer una referencia a los tuareg del desierto como pueblo nómada unido.

La reivindicación de los tuaregs y Al Qaeda del Magreb Islámico

Uno de los más importantes problemas que ha tenido desde hace tiempo el Gobierno de Bamako ha sido el de las relaciones con los tuaregs, celosos de

su autonomía, de su autogobierno y de su forma de vida en el Sahel. Antes de la presencia francesa en su territorio, este pueblo noble y orgulloso gobernaba gran parte del desierto del Sáhara.

Los tuareg son un pueblo de raza y ascendencia bereber, que ellos mismos diferencian de los árabes, procedentes de la península arábiga, que llegaron al territorio en el siglo VI, con la rápida expansión y conquista político-religiosa del Islam. Esta etnia, pese a la dureza del desierto, se asentó fuertemente hacia el siglo X en el área de Tombuctú, el más importante centro del saber en lo que era entonces el Imperio de Mali. La sociedad tuareg tradicional estaba formada por tres clases principales: nobles, vasallos y esclavos, con una población de 400.000 personas, divididos en siete grupos o confederaciones y bajo la autoridad de un solo caudillo, llamado Amenokal. Se extendían y gobernaban en un extenso territorio desde el sur de Argelia y de Libia hasta parte de Níger, Chad, Mali, Senegal y Mauritania.

El dominio francés a finales del siglo XIX y principios del XX desde Senegal al resto de los territorios supuso el principio del fin del predominio tuareg en la zona y de su estilo de vida. Francia, que dominaba ya Argelia, intentó acabar con sus prácticas de contrabando y bandidaje por todo el Sáhara. No fue difícil debido a la movilidad de las tropas francesas, con vehículos de transportes todoterreno por el desierto controlando las caravanas tuaregs que se movían en camellos. De otro lado, los límites fronterizos impuestos por Francia en el gran desierto del Sáhara, obligaron a los grupos tuareg a cambiar su libertad y su autonomía.

Los «hombres azules del desierto», sobrenombre con el que también es conocido este pueblo por su atuendo clásico, el turbante y el velo largo que les cubre toda la cabeza y que tiñen de azul con índigo, no han desaparecido, concentrándose en enclaves como Kidal en Mali, Agadez en Níger y Tamanrasset en Argelia. La



Tuareg de Argelia. (Foto: www.wikipedia.org).

independencia argelina del colonialismo francés en 1962 trajo una nueva confrontación en el Sahel, cuando el Gobierno socialista de Argelia obligó a los grupos tuaregs a establecerse en un determinado territorio, prohibiendo sus prácticas guerreras, el contrabando de las caravanas y el mercado con drogas y esclavos. Después de las grandes sequías de la década de los años 70, su espíritu revolucionario y guerrero ha renacido, y en la actualidad reivindican en Mali y en Chad su autonomía, interviniendo como grupo armado en la revolución libia y en la lucha por el dominio del territorio al norte de Mali, en disputa con otros grupos, como Al Qaeda del Magreb Islámico. Hacia finales de 2011, se formaba el Movimiento Nacional para la Liberación del Azawad (MNLA), constituido por cuadros tuaregs cuyos jefes pertenecían a las diferentes tribus que durante años habían ejercido su autoridad en la región.

Conocida también por sus siglas AQMI (Al Qaeda del Magreb Islámico), es el principal grupo terrorista que actúa en el sur de Argelia y en el norte de Mali, y que va extendiendo su acción a los países vecinos, como se demostró con los atentados que tuvieron lugar en Nigeria, en la región de Tébessa, en septiembre de 2013. Muchos de los grupos terroristas dirigidos por señores feudales, que actúan para ejercer un dominio territorial sobre las personas y escasos bienes de estas regiones, han recibido gran cantidad de armamento procedente de la guerra revolucionaria de Libia que acabó con la dictadura de Gadafi. Numerosos combatientes que habían acudido como mercenarios al reclamo de la revolución en Libia, volvieron a sus países de origen en la región del Sahel, originando un flujo de combatientes y de armas que ha ido nutriendo a los grupos revolucionarios del Sahel occidental. Un subgrupo importante de Al Qaeda del Magreb Islámico es el dirigido por el argelino Said Abu Mouchati, quien se ha erigido emir y se mueve por el sur de Argelia y por territorio del vecino Chad. Atentados suicidas como los que se produjeron en Tombuctú y en Kidal, también en septiembre de 2013, muestran cómo los grupos terroristas siguen golpeando en esta región.

Grupos y subgrupos terroristas

El problema de la acción de los grupos terroristas adquiere mayor complejidad cuando se observa que aparecen nuevos grupos, que son facciones de otros que se crearon anteriormente. Puede afirmarse que el grupo terrorista AQMI es, como suele decirse, una franquicia magrebí de otro grupo más importante y numeroso que nació a principios del siglo XXI y que se conocía como Al Qaeda Central, el cual tuvo su origen en otros predecesores, como fue el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), que junto al famoso Grupo Islámico Armado (GIA), ambos de origen argelino, llevaron a cabo importantes actos terroristas en el sur de Argelia, utilizando el norte de Mali como refugio ante la persecución de las fuerzas regulares de Argelia.

Estos grupos terroristas estaban asentados en esta región, haciendo de ella un santuario donde entrenaron a los combatientes que habían actuado en distintos países del Magreb con un reconocido historial como terroristas. Entre los componentes de estos grupos se establecen vínculos personales y a veces familiares. Puede ponerse como ejemplo de uno de estos individuos a Boko Haram, de origen nigeriano, quien había llevado a cabo en su país numerosos negocios basados en la coacción, el secuestro y el asesinato. Todos estos grupos sin excepción han ejercido el tráfico ilícito de todo tipo.

El campo de actuación de los grupos y subgrupos para el secuestro de individuos occidentales es muy amplio. Algunos de ellos han afectado muy directamente a España, como fue el de la caravana de ayuda humanitaria denominada «Barcelona». Otro secuestro fue el de dos cooperantes españoles, que junto a una ciudadana italiana fueron secuestrados en Tinduf, famoso campo de refugiados de los saharauis en el sur de Argelia junto a la frontera de Mali y que sirve de propaganda y reivindicación frecuente contra España por su abandono del territorio del Sáhara Occidental.

La «Primavera Árabe» y el agravamiento de la situación como consecuencia del ataque a Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001

El inicio de la llamada «Primavera Árabe» tuvo su origen en la iniciación de un proceso democrático llevado a cabo en Túnez, un país estratégico del Magreb, antigua colonia francesa con cierta estabilidad política, y que originó la primera revolución del Magreb. Inmediatamente se contagió un país clave, como es Egipto, con una población de más de cien millones y unas importantes Fuerzas Armadas, que han sido siempre decisivas en el gobierno del país. La aceptación de los militares en la política todavía está por resolverse, ya que la oposición de los Hermanos Musulmanes es muy fuerte y podría desencadenar una nueva espiral de violencia.

A Egipto le siguió inmediatamente Libia, que pasó de unas revueltas internas a una verdadera guerra civil generada por la intervención militar exterior, que permitió a las fuerzas rebeldes imponerse al régimen de Muamar El Gadafi, hasta acabar con él y con la figura del dictador, que fue materialmente linchado por los rebeldes. La revolución o guerra civil libia tuvo consecuencias más graves que las revueltas de Túnez y Egipto. Es necesario comprender que Libia es un país inmensamente grande, con una población muy reducida que difícilmente supera los cinco millones de habitantes. Al mismo tiempo es un rico país productor de petróleo de gran calidad, habiendo necesitado para el desarrollo de sus instalaciones de hidrocarburos mano de obra extranjera procedente de no pocos países africanos del sur, principalmente de Mali, de Níger y del Chad. Sus Fuerzas Armadas estaban también integradas por mercenarios extranjeros. Cuando en el enfrentamiento con los rebeldes de la

zona de Benghazi las tropas gubernamentales fueron perdiendo terreno, no solo en la Cirenaica sino también en la zona de Tripolitania, el coronel Gadafi reclamó la ayuda de más mercenarios extranjeros procedentes del Sahel. Las tropas gubernamentales dispusieron de dinero procedente de las reservas que tenían en los bancos por la venta del petróleo para pagar a los mercenarios y para la compra masiva de armamento ligero, que al final de la guerra iría a parar a los terroristas.

El fin de la guerra civil en Libia, gracias a la intervención occidental liderada por Francia e Inglaterra, y en menor medida por España, que colaboró con buques de guerra y aviones, originó la desbandada de gran número de mercenarios, que se llevaron todo el armamento que podían transportar a sus países de origen. La inestabilidad se hizo así más profunda en el extenso y convulso territorio del Sahel, y en particular en el norte de Mali, donde el dominio tuareg, a cuya etnia pertenecía gran número de ellos, se hizo más ostensible.

La intervención de la Comunidad Internacional y las resoluciones de Naciones Unidas

La complicada situación que se ha ido creando y la gravedad de la amenaza para la Comunidad Internacional han motivado que se aprobasen resoluciones por el Consejo de Seguridad de la ONU para tratar de contener esta situación caótica. A la Resolución número 2071, de octubre de 2012, aprobada por unanimidad, le siguió la 2085, en diciembre del mismo año, también por unanimidad. En Naciones Unidas, la aprobación de estas resoluciones contó con el apoyo de la organización subregional Comunidad de Estados del África Occidental. Pero bien es sabido que las Resoluciones de la ONU tienen una validez teórica y un valor jurídico que puede estar muy bien apoyado en el articulado de la propia Carta de Naciones Unidas, pero en cuanto a su aplicación es relativa o prácticamente nula, como se ha demostrado en numerosos casos (pongamos por ejemplo las de condena a Israel o las del plebiscito del Sáhara Occidental español), y en el presente caso las relativas a esta comunidad de Estados del África Occidental difícilmente pueden tener cumplimiento.

Un problema añadido a esta situación revolucionaria y terrorista en Mali, que nos recuerda la actuación de los talibanes en Afganistán, fue el desprecio a las culturas locales, hasta el punto de que el patrimonio cultural y mundial reconocido por la UNESCO, como eran los monumentos de Tombuctú, ha sido seriamente dañado, habiéndose originado robos, profanaciones de mausoleos y de tumbas de santones y eruditos en esta histórica ciudad, que se conoce también como la «Ciudad de los 333 santos». Las razones de estas violentas actuaciones contra el territorio se deben en parte a que la rebelión tuareg ha sido sobrepasada por los islamistas radicales, y a que gran número de quie-

nes componen los movimientos terroristas procede del sur de Mauritania, de Argelia y de otros países vecinos de Mali. El Sahel se ha convertido en el epicentro de la yihad islámica en África, dirigida por a Al Qaeda del Magreb Islámico.

Intervención francesa en Mali

La extrema gravedad del epicentro del conflicto, que es Mali, hizo que el presidente Traoré, asediado en la capital Bamako por los grupos terroristas revolucionarios, pidiese ayuda en enero de 2013 al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y en particular a Francia, la potencia colonizadora y miembro de dicho Consejo. El presidente francés Hollande, ante el agravamiento de la situación, dio orden de intervenir de inmediato enviando grupos especiales de sus Fuerzas Armadas, apoyados por cazas *Mirage* y helicópteros de combate, con objeto de frenar el avance de las tropas revolucionarias hacia el sureste de la región. Con el apoyo de la Fuerza Aérea, en la que también intervinieron aviones *Rafale*, se enviaron paracaidistas, infantes de marina y legionarios. Las primeras operaciones de castigo de las fuerzas francesas permitieron el envío de otras fuerzas terrestres, de transportes blindados, de carros de combate y de artillería. Este despliegue estabilizó la zona y detuvo el avance de los grupos guerrilleros revolucionarios, preparando de forma inmediata el entrenamiento de tropas regulares de Mali y de otros contingentes africanos, que llegaron en apoyo de las fuerzas malienses.

La intervención francesa se propuso diezmar los medios humanos y materiales de los grupos de Al Qaeda, que habían ido adquiriendo mayor fuerza y estabilidad en la región. Los ataques a zonas con importantes intereses petrolíferos para algunos Estados europeos, como España y Francia, cuando se produjo el asalto en In Amenas, en el centro del extenso desierto argelino, donde se sitúan los más grandes yacimientos de hidrocarburos y complejos industriales que abastecen de gas argelino a través del Mediterráneo a España, Francia e Italia, causaron alarma. Este ataque terrorista levantó fuertes críticas y, aunque el Ejército argelino repelió a sangre y fuego la acción terrorista, la opinión internacional alegó que Francia no debería haber revuelto con su acción armada el avispero de su antiguo dominio en el África Occidental francesa, que es hoy el conflictivo Sahel. Y eso era precisamente lo que pretendía Al Qaeda. Si bien el conflicto estalló en Mali, ante el peligro de que este país en el centro de África —con fronteras con Argelia, Mauritania, Níger, Chad, así como con Senegal, Costa de Marfil y Guinea, países ribereños del golfo de Guinea— pudiese quedar dividido o incluso enteramente dominado por los principales grupos yihadistas que operan en la región, se determinó la Operación Serval, llevada a cabo únicamente por fuerzas militares francesas, que impidió la toma definitiva de la capital, Bamako, y frenó e hizo retroceder a

los grupos terroristas. Para Francia la defensa de sus intereses económicos y estratégicos es primordial. Gran parte del mineral de uranio que produce Mali es destinado al medio centenar de centrales nucleares francesas, y también, hay que reconocerlo, a algunas centrales españolas a través de la multinacional francesa Areva.

El conflicto en el África Occidental francesa de la época poscolonial, hoy más conocido como el Sahel, puede convertirse en una continua y extensa franja de terrorismo yihadista, que comenzaría en Mauritania y Senegal y continuaría hacia Sudán y Somalia, afectando la estabilidad del Magreb hacia el norte. Hacia el sur afectaría todavía más a la seguridad del tráfico marítimo internacional en el golfo de Guinea. La preocupación de los países del entorno es diferente: para Marruecos, con una monarquía estable, donde el rey sigue siendo considerado por el pueblo como el Dios de los creyentes, las acciones terroristas son lo que más preocupa, como se vio en Marrakech con la voladura del más emblemático café restaurante, el Fna, en la multitudinaria plaza de Yamaa. Hay quienes ven detrás del grupo terrorista MUYAO (Movimiento para la Unidad del Islam y el Yihad del África Occidental) la acción de elementos subversivos de origen marroquí, mientras que el grupo Al Qaeda del Magreb Islámico tendría una fuerte dirección argelina.

Vencer a los tuaregs o a los islamistas radicales de Al Qaeda en Mali y en el sur de Argelia no supone una solución del conflicto, puesto que fácilmente se desplazarían hacia otros países vecinos, también desprotegidos y con parecida inestabilidad social y política. El problema es enormemente serio porque podría suponer la creación de un conflicto parecido al de Afganistán posterior al abandono de la Unión Soviética, cuando cayó en manos de Al Qaeda y radicalizó en lo más profundo a la población islámica afgana. Hay Estados de Europa que ven la confrontación lejana y creen que no les afecta directamente, como Inglaterra, Holanda, incluso Alemania. Los Estados Unidos estarán siempre dispuestos a un apoyo, pero se negarán rotundamente al envío de cualquier fuerza terrestre.

Para España y demás naciones de la Europa mediterránea el problema es muy serio y grave. Es necesario tener en cuenta que estos países se encuentran a escasos dos mil kilómetros de la región. Especialmente debemos de estar preocupados los españoles, ya que quienes lideran estos grupos revolucionarios terroristas son los que animan a los jóvenes a marchar hacia las fronteras de Ceuta y Melilla, en un asedio que irá *in crescendo*, y que si hace uno o dos años estaba integrado por unas decenas de pobres inmigrantes subsaharianos con perspectivas de un mejor futuro, ahora en 2014 son ya cientos los que en grupos organizados asaltan las alambradas que defienden a las plazas de soberanía española en el norte de África, y que pronto podrán ser miles, difíciles de detener. España se encuentra además obligada a seguir una política de amistad con Marruecos y con Argelia, ambos países de una gran importancia estratégica. El Gobierno español debería insistir en la presentación del proble-

ma de la presión subsahariana en los foros internacionales, exponiéndolo como un hecho que afecta no solamente a España, sino a toda Europa, puesto que como decía Gadafi, el líder libio devorado por la revolución, «el Islam conquistará Europa sin necesidad de disparar un solo tiro, solo con la presencia de millones de islamistas dentro del territorio de la Unión Europea».

La posición de España ante el conflicto del Sahel y del golfo de Guinea

Además de Francia, no cabe duda de que España es el país europeo que más puede verse afectado por este conflicto. Podemos afirmar con seguridad que la tranquilidad en el estrecho de Gibraltar, en el sur de la Península y en las ciudades de Ceuta y Melilla desaparecerá gradualmente. Se necesita una acción de gobierno amplia y profunda en coordinación con Europa y con Estados Unidos. Es necesario informar a la opinión pública, y en especial a los grupos políticos y sociales más reticentes a entender el problema, de que se avecinan tiempos difíciles en la zona. Marruecos y Argelia, tan diferenciados políticamente, son esenciales para España en cuanto a relaciones exteriores y cooperación en temas de inmigración, terrorismo y seguridad en el Mediterráneo e intercambios económicos de todo tipo. Por ello, la política exterior española debe tener continuidad. La defensa de los intereses de España debe ser un objetivo común e inalterable, como ocurre en otros países de nuestro entorno europeo, y a medio y largo plazo la acción de gobierno debe tener en cuenta que el Sahel se ha convertido en el patio trasero de España y también de Europa. Las reuniones y las conferencias, como la hispano-argelina de 10 de enero de 2013, no deben limitarse a incluir exclusivamente temas económicos.

En la Misión Internacional de Apoyo a Mali (MISMA), conducida por las fuerzas armadas de los países de la Comunidad de Estados de África Occidental, han contribuido los franceses a requerimiento del Gobierno de Bamako. En la Operación SERVAL ha intervenido únicamente Francia, ante el peligro de que los grupos armados terroristas se hiciesen con el control de todo el territorio de Mali. La participación de España se ha ampliado con la participación en la misión europea de adiestramiento EUTM-MALI con cerca de un centenar de paracaidistas que realizan labor de formación y entrenamiento de efectivos gubernamentales.

Se avecina una lucha contra el terrorismo liderado por Al Qaeda (AQMI), Ansar Dine, liderado por el yihadista radical Iyad Ag Ghaly, y el escindido Movimiento para la Unidad del Islam y el Yihad en el África Occidental (MUYAU) que, como vimos, son los tres grandes grupos que operan en el Sahel, que será larga y cruenta y que no puede quedar solo en manos de Francia, pues el problema es de la Unión Europea y de la Comunidad Internacional, que todavía no se han concienciado del problema real y que, aunque conocen el peligro de un Sahel en manos revolucionarias terroristas de matriz

salafista, no se deciden a intervenir ni a diseñar una política europea e internacional común. La razón es que cada país actúa según sus intereses en la región y no llega a darse cuenta que una presión terrorista hacia el norte, desestabilizando Argelia y Marruecos e incluso Libia y Egipto, con el peligro del terrorismo de los Hermanos Musulmanes, originaría el aumento de atentados indiscriminados en países europeos. Los riesgos que corren estos países del Mediterráneo no son comprendidos por los del norte de Europa, al no tener la presión migratoria tan cercana, ni el tráfico ilícito de todo tipo, en especial el de drogas.

La posición española debe centrarse en prevenir la presión de inmigrantes subsaharianos, que enviados por mafias de los grupos terroristas —que cobran fuertes peajes— tratan de asediar la frontera sur de España, el Mediterráneo y, de forma masiva y cada vez con más intensidad, las alambradas fronteras de Ceuta y Melilla. España debe cuanto antes insistir a la Unión Europea en el grave asunto de la frontera sur, que también lo es de la propia Europa, pues el Tratado de Schengen, del que España es parte, así lo establece. El apoyo diplomático, técnico y de cooperación debe tenerse en cuenta.

España tiene un problema añadido con la cuestión de los saharauis, acogidos por Argelia en Tinduf y enfrentados a Marruecos. La advertencia de Buchara Beyun, representante del Frente Polisario, sobre la retirada de la cooperación y ayuda española a los refugiados debe ser tenida en cuenta, porque puede ser una nueva baza utilizada por los terroristas que operan en la región. Las buenas relaciones con Estados Unidos son fundamentales, en especial en la lucha contra el terrorismo y el tráfico ilícito organizado. Las estrechas relaciones de Norteamérica con Marruecos pueden ayudar a planificar una estrategia a largo plazo por parte de España. No es por tanto una intervención militar bilateral con Francia —ni mucho menos unilateral, como algunos señalan, pidiendo que intervenga el Ejército de Tierra en Mali y la Armada en el golfo de Guinea— la solución. España es una potencia media europea, con unas fuerzas armadas disciplinadas y magníficamente preparadas, cuya presencia es muy necesaria en la zona del estrecho de Gibraltar. La Base española de Rota, donde hay presencia permanente de la US Navy, es un punto estratégico de la mayor importancia. Sin embargo no estaría de más pensar en potenciar la Base Naval de Las Palmas para un mayor control del litoral occidental de África hasta el golfo de Guinea.

El problema de los ataques a buques y los consiguientes rescates por dinero brotaron en Somalia bajo el pretexto del expolio de la riqueza pesquera del océano Índico, bajo el dominio de señores feudales, que alegan que es una especie de impuesto a los Estados con economías desarrolladas e importantes flotas mercantes. Si bien la piratería ha disminuido en las costas de Somalia, sin embargo se ha incrementado en los últimos años de forma espectacular en el golfo de Guinea. El reciente secuestro del buque *San Miguel*, perteneciente a un armador español, con bandera guineana, que fue asaltado a 20 millas del

puerto de Bata, así como varios buques alemanes que han corrido la misma suerte, han motivado que el AJEMA alertase en recientes declaraciones sobre el aumento y agresividad de la piratería en estos mares. Los Estados agrupados en la Comisión del Golfo de Guinea reclaman el despliegue de una fuerza naval como hay en el Índico. La situación es de auténtico conflicto, y la Armada es un actor clave en el «Plan África» del Gobierno español.



¿Se hará necesaria la vigilancia marítima en el golfo de Guinea, como la que está llevando a cabo la Operación ATALANTA, auspiciada por la Unión Europea con importante participación de la Armada española, que está dando resultados muy positivos? De extenderse a otras zonas geográficas deberá contemplarse un nuevo planteamiento estratégico. En este sentido, la Armada cuenta con amplia experiencia en la ejecución de operaciones de lucha contra la piratería, como se ha demostrado con su participación en el operativo ATALANTA y OCEAN SHIELD. Ello le proporciona indudable experiencia para misiones multinacionales, que tratan de mejorar la seguridad marítima en el golfo de Guinea, como es el dispositivo AFRICA PARTNERSHIP STATION (APS).

El principio de libertad de navegación, que ha sido consagrado y mantenido por todos los Estados desde la creación del Derecho Internacional moderno, que se configuró principalmente a partir de Westfalia en 1648, no puede quebrarse en los comienzos del siglo XXI porque sería volver a la Edad Media. Hay que reconocer que la seguridad marítima en el golfo de Guinea continúa empeorando, habiéndose producido en los últimos años un incremento de los actos de piratería, tráfico ilícito y ataques a infraestructuras portuarias. Por esta razón la Armada lleva a cabo, en colaboración con el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, un plan que permite la presencia de navíos españoles en la zona, como el que realizó el patrullero *Centinel*, con base en Las Palmas de Gran Canaria, durante varios meses en Senegal, Cabo Verde, Nigeria, Camerún y Gabón, donde participó en ejercicios de adiestramiento bilaterales con fuerzas navales de estos países; el que también efectuó el patrullero de altura *Cazadora* en los meses finales de 2011, con estadias en los puertos de Dakar en Senegal, Cotonou en Benín, Douala en Camerún y Lagos en Nigeria, o el recientemente realizado por el patrullero de altura *Infanta Elena*.



Adiestramiento específico de la Fuerza de Protección. Patrullero de altura *Centinela* durante el dispositivo AFRICA PARTNERSHIP STATION. (Foto: www.armada.mde.es).

Recientemente el presidente del Gobierno español, Mariano Rajoy, en diciembre de 2013, en el viaje que hizo a la zona del Cuerno de África, y a bordo de la fragata de la Armada española *Álvaro de Bazán*, expresó su preocupación al dirigirse a representantes de la Armada y del Ejército del Aire, animándoles a proteger y a defender los intereses de España. Es por consiguiente la actuación de las Fuerzas Armadas, en coordinación con las de otras naciones y el acuerdo de la Comunidad Internacional, la política a seguir de actitud vigilante y defensiva en esta nueva etapa de conflicto. Ello debe hacerse con el máximo respeto a las normas internacionales existentes y con el acuerdo de los organismos internacionales competentes, en particular la ONU y también la OTAN, puesto que el conflicto está claramente internacionalizándose. No es de uno, dos o tres países. Es de todos.

Estados Unidos es consciente de la grave situación en el Sahel, pero prefiere estar en la retaguardia, y no desea verse envuelto en una guerra con efectivos terrestres, como le ha ocurrido en Irak y Afganistán. Ya Hilary Clinton, secretaria de Estado en 2012, advertía del problema al decir: «Mali es un santuario que puede facilitar al terrorismo la extensión de sus redes en distintas direcciones. Esto se hace realidad una vez más en la frontera sur del Chad y en la República Centroafricana». Pero también es necesario reconocer cómo Norteamérica está dando cada vez mayor apoyo al Cuartel General del US AFRICOM, con sede en Stuttgart, al mismo tiempo que está incrementando su presencia en la importante Base Naval española de Rota. En este sentido, la excelente situación estratégica de España es conocida por Estados Unidos y

también por la Unión Europea. La zona caliente de África Occidental y del golfo de Guinea se ha convertido en prioritaria para la seguridad española, como ha sido puesto de manifiesto en una reciente Directiva de Defensa Nacional, presentada por el ministro Pedro Morenés. La seguridad de los suministros energéticos en España es clave para nuestra economía, ya que de las costas nigerianas se importa el 25 por 100 del gas y el 10 por 100 del petróleo que consumimos, siendo fundamental contener la piratería en esta «zona caliente», cada vez más peligrosa, debido a la violencia de los ataques planeados para sustraer el petróleo que se transporta hacia Europa, y que se vende ilegalmente en el mercado africano, según el International Maritime Bureau. Por todo ello, España debe permanecer atenta, junto a la Unión Europea y Estados Unidos, a la evolución del problema en esta costa africana, para evitar que se vuelva a repetir la situación que se dio en Somalia hace pocos años.



BIBLIOGRAFÍA

- CASTRO ANTOLÍN, y De LA CALLE MUÑOZ: *Historia de África*. Ed. Cooperación Española con Guinea Ecuatorial. Madrid 1987.
- BRAUNS, Patrick, y ELSE, Annabel, y otros: *Tierras y gentes*. Vol. 3, pp. 52 y 55. Ed. Michael Beazley Ltd. Londres 1991.
- ECHEVARRÍA, Carlos: *Algunas claves del conflicto en el norte de Mali*. Ed. Grupo de Estudios Estratégicos. Madrid, 2013.
- ARTEAGA, Félix: *España, Mali y la operación Serval de Francia*. Ed. Real Instituto Elcano. Madrid, 2013.
- TRIGO CHACÓN, Manuel: *Los Estados y las Relaciones Internacionales*. Vol. II. Ed. Vision Libros. Madrid, 2008.
- Revista IEES, núm. 1. Madrid, junio, 2013.
- Piratería en el Golfo de Guinea*. Ed. Estudios de Política Exterior. Madrid, agosto 2013.